NUEVA NOVENA

A

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

en conformidad

con el Oficio novísimo de la misma fiesta

℣. Señor, abrirás mis labios.
℟. Y mi boca anunciará tu alabanza.
℣. Dios mío, entiende en mi ayuda.
℟. Apresúrate, Señor, en socorrerme.
℣. Gloria al Padre, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN

OH Señor y Dios mío! que *has hecho notoria tu salud,* haciendo que por todo el universo se dé á conocer la redención y se predique la santa fe, en la cual nosotros

tuvimos la dicha de nacer, y que *has revelado en presencia de todas las naciones,* y delante de los ciegos gentiles *la gloria del Redentor,* mira, Señor, cuán ingratos hemos sido á este grande beneficio, que á nosotros por medio de la Virgen María nos concediste, cuando se dignó bajar á nuestro suelo á apresurar la conversión de estos pueblos infieles, ablandando sus corazones y docilitándolos para que recibiesen la luz de la fe, con los inmensos bienes que á las almas comunica; yo te ruego, Señor, que perdonando mi desagradecimiento y todos mis pecados, hagas también notoria para mí tu salud, convirtiéndome de veras á tu amor y servicio, y la hagas notoria en mí á los otros, para que ayude con mis buenos ejemplos á que mi Salvador sea de todos amado y conocido; te pido que reveles la gloria del Redentor, con la conversión de los pecadores, delante de las almas mundanas, que abandonando las prácticas piadosas y apartadas de los sacramentos, parecen verdaderos gentiles, sepultados en las sombras de la muerte y el pecado. Haz nacer, Señor, para ellos y para mí, que te lo ruego, la luz indeficiente, que recorriendo el profundo abismo de

mi corazón, y posándose sobre las olas agitadas del mar de mis pasiones, en mí habite, y en mí radique, para pertenecer de este modo á los escogidos que son heredad tuya [1]. Así sea.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

VIRGEN de Guadalupe, amada Madre mía! ¡qué dulce es para un hijo el poder cantar con toda confianza la gloria y la hermosura de su Madre! ¡Cuánto se goza al poder aplicarte con la Iglesia las grandiosas palabras que de la Sabiduría eterna están escritas! Sí, Señora y Reina de lo criado: *desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, tu nombre, así* como el de tu Unigénito, *es grande en las naciones.* El suyo es infinitamente grande, como que es nuestro Dios, nuestro Padre y Redentor, cuyo nombre es sobre todo nombre; mas el tuyo es inmensamente grande, pues eres su verdadera Madre, como á Juan Diego le dijiste, y eres la Reina del mundo, y el encanto de la tierra y la alegría de los cielos. Tú habitabas con Jesús

[1] Ex. Lect 1.

tu Hijo en las más encumbradas alturas, y tu trono estaba colocado sobre una columna de luciente nube, cuando te dignaste *ser encontrada por los que no te buscaban*, porque apenas te conocían, y no habían experimentado la dulzura de tu bondad, ni la ternura maternal de tu amor, ni la grandeza de tu misericordia. *Aun no te interrogaban* como hijos á su madre, que les enseñe y les instruya; aun no se dirigían á la Madre de la luz y del conocimiento, preguntándole por el camino que habían de seguir, y por las verdades y máximas que debían practicar, y ya *tuviste la dignación de aparecerles* en persona de uno de sus hijos, y aparecerles, no en enigma ni escondida, sino llena de luz, y *á las claras*, dejando ver tu virginal semblante, y respirar tu celestial aroma, y escuchar tu dulce y arrebatadora voz. Sí, Madre mía, allí te vió el amado Juan, tan graciosa «*como la paloma que sube de los ríos de las aguas, cuyo olor inestimable impregnaba sus vestiduras*» [1]. Allí te vió la última vez, cuando *á manera de días primaverales, las flores*

[1] Respons., I.

de los rosales, y los lirios de los valles te cercaban, pues tu planta los había hecho brotar de repente en el monte desierto. Y si á los hombres que aun no te interrogaban, tan dulce y tan hermosa apareciste, también con tu presencia en nuestro suelo respondes á los ángeles que tres veces admirados preguntan: «*¿Quién es esta que va subiendo como la aurora al despuntar?...* [1] *Eres tú, oh hija de Sión, toda hermosa y toda suave; como la luna, hermosa; como el sol, escogida! ¿Quién es esta que cual varilla de humo aromático de mirra y de incienso, va subiendo por el monte desierto?*» Es la hermosísima paloma, la amiga y esposa del Dios eterno! *¿Quién es esta que como el sol se adelanta, y viene con la belleza de la Jerusalén celeste*, de donde ha salido para visitar á los hombres? *Es la que vieron las hijas de Sión y feliz la llamaron; las almas de nobleza real, y la colmaron de alabanzas!* ¡Oh Reina y Madre mía! Hoy «*todos los términos de esta tierra, han visto la salud de nuestro Dios*»; [2] todos los confines de

[1] Resp. II et III.
[2] Antif 3 et V 2 Noct.

nuestra República han resonado con tus glorias, tus hijos han entonado tus alabanzas, te han agradecido en el alma tus finezas; en peregrinaciones «*han entrado á tu tabernáculo, y han adorado al Señor en el lugar donde tus plantas se posaron*». Y yo también con todos tus hijos te visito, Madre mía; yo te alabo, yo proclamo tus glorias, yo agradezco con todo mi corazón tus favores, y te pido me concedas el mayor de todos ellos, que es el ir á conocerte y á amarte, y á alabarte, y contigo á gozar de Dios en los cielos. Amén.

Ant.—Tabernáculo de Dios es María, colocado en medio de su Ciudad, y no será conmovido.

Ave María.

℣. Virgen de Guadalupe.
℟. Ruega por nosotros.

Ant.—Tú has salido para la salud de tu pueblo; para su salud has salido con Jesucristo tu Hijo.

Ave María.

Virgen de Guadalupe.
Ruega por nosotros.

Ant.—Gloriosas cosas de ti han sido dichas, oh Ciudad de Dios: el Señor te ha fundado sobre las santas montañas.

Ave María.

Virgen de Guadalupe.
Ruega por nosotros.

Ant.—Una gran señal apareció en el cielo: era una mujer cubierta por el sol, y la luna debajo de sus pies.

Ave María.

Virgen de Guadalupe.
Ruega por nosotros.

Ant.—El pueblo que caminaba en tinieblas, vió una gran luz; para los que habitaban en la región de la sombra de la muerte, la luz les ha nacido.

Ave María.

Virgen de Guadalupe.
Ruega por nosotros. Gloria, etc.

℣. Madre mía, á ti de lejos vendrán tus hijos.
℟. Y de tu lado se alzarán tus hijas.

PRIMER DIA

ORACION

En tus labios, Madre mía de Guadalupe, ha puesto la Iglesia las mismas palabras, que en otro tiempo dijo el Señor, cuando se le erigió aquel magnífico templo por el rey Salomón: «*Yo escogí y santifiqué este lugar, para que allí esté mi nombre y permanezcan mi corazón y mis ojos todos los días*» [1]. ¡Qué tres dones tan señalados! ¡qué tres prendas tan dulces y preciosas! Tu nombre, tu corazón y tus ojos! Tu nombre, de Guadalupe; tu corazón de Reina, y tus ojos de Madre! Déjame ¡oh Reina y Madre! valorizar estas prendas que nos diste; déjame meditar sus excelencias y su precio. Tú escogiste y santificaste el sitio de tus apariciones; benignamente lo escogiste entre todos los sitios de la tierra para colmarlo de favores y de gracias; lo escogiste porque lo quisiste; lo escogiste porque lo amaste; lo escogiste por una predilección inaudita

[1] Ant. ad Magnif. I Vesp.

é inmerecida. Y porque lo escogiste lo santificaste: lo santificaste con tu celestial y santa presencia, con tus benignas y varias visitas, como santificaste las montañas de Judá con tu visita á Santa Isabel; lo santificaste, mandando erigir allí un Santuario y haciendo para él dulcísimas promesas; lo escogiste y santificaste, para que allí estuviera tu nombre, no sólo el nombre glorioso y bendito de María, Madre de Dios, sino el nombre querido de Guadalupe, la nacida entre las peñas, porque quiere nacer siempre por su amor y devoción en la dureza de nuestros corazones; la que ahuyenta á los que nos devoran, pues ahuyentó entonces á los demonios y á los ídolos, y ha seguido ahuyentando todos los males que devoran nuestro cuerpo, las pestes que devoran nuestra vida, las inundaciones que devoran nuestras ciudades, y los enemigos aun más terribles que se revuelven como leones rugientes pretendiendo devorarnos. Escogiste y santificaste ese lugar para que permanezca en él tu corazón de Reina clementísima, tu corazón que se inclina á perdonar á los reos, á acoger á los pecadores, á ayudar á los miserables, á soco-

rrer á los pobres, á consolar á los afligidos, á auxiliar á los cristianos; tu corazón, que después del de Jesús, es el más tierno, el más benigno, el más compasivo y el más generoso de los corazones. Escogiste el lugar y lo santificaste, para que permanezcan allí, junto con tu corazón, también tus ojos. ¡Oh, ojos dulces de Paloma sin mancha! ¡Oh, ojos sencillos y puros que con sus miradas hicieron volar al Esposo, como dice el divino Cantar! ¡Oh, ojos dulcísimos y misericordiosos! ¿Conque aquí nos los dejaste, Madre mía? ¿Conque en tu imagen los tenemos, y misteriosamente bajos, no mirando como en Lourdes el azul de los cielos, sino inclinados á nuestro pobre suelo, para mirar y penetrar las necesidades y penas de tus hijos? ¡Oh, ojos de Madre y de Reina! Ojos de Madre para compadecernos, y ojos de Reina para ayudarnos; ojos de Madre para mirarnos con ternura inefable; y ojos de Reina para socorrernos con generosidad indecible! ¡Oh Madre mía de Guadalupe! aquí cumples todos los días con nosotros lo que te piden tus hijos por toda la redondez de la tierra cuando te cantan: «vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos». Vuel-

tos los tienes, Señora, en tu imagen hacia nosotros, siempre mirándonos, amándonos y compadeciéndonos. Danos, Virgen Santísima, danos de nuevo ahora tu nombre, para que luchando contra los enemigos conservemos nuestra fe tan combatida; danos tu real corazón para que levante nuestra esperanza, haciéndonos confiar en tus larguezas; danos tus ojos dulces, hermosos, puros, compasivos y tiernos para que ellos nos enciendan, pues son antorchas de amor santo y divino, en las llamas de la caridad, á fin de que logremos amar ardientemente á Jesucristo, y después de este destierro, mostrándonoslo tú, gozarlo por los siglos de los siglos. Amén.

Gozos y oración final.

SEGUNDO DÍA

ORACIÓN

OH amada Madre mía de Guadalupe! en cuya boca pone la Santa Iglesia estas palabras: « ***Yo hice en los cielos que***

naciera la luz indeficiente, y como niebla, cubrí la tierra toda»; [1] tú, como Madre del Verbo encarnado, luz de luz, y verdadero Dios de Dios verdadero, fuiste quien le hiciste nacer en el tiempo, para que viniese á alumbrar, como anunció Zacarías, á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte; el oficio de la aurora que hace lucir el sol para el mundo, lo hiciste, Virgen Santa, de un modo especial para con nosotros, cuando te dignaste aparecer en nuestro suelo, y venir á ser la aurora del sol de la fe, naciente entonces entre pueblos idólatras y ciegos. Tú alumbraste á los unos para que no desconociesen en los pequeñuelos la dignidad humana; tú ablandaste á éstos para que gozosos aceptasen el yugo suave de la fe y de la ley divina; tú diste esfuerzo á los hombres apostólicos para proteger á la pequeña grey, y unción á su palabra para introducir la fe en los corazones; tú, al mismo tiempo, hiciste nacer en estos tus hijos la indeficiente luz del evangelio, y como niebla, pura y refrescante, los protegiste del ardor de las per-

[1] Lect. 1.ª

secuciones y de la furia de sus enemigos. ¡Bendita seas, Señora y Madre mía, por tan grande designación! ¡alabada seas por tanta bondad y misericordia! Mas ahora vengo á suplicarte que te dignes continuar los mismos soberanos oficios con nosotros: la luz de la fe se ha obscurecido con millares de errores que por todas partes circulan; la claridad del evangelio se ha ofuscado con las perversas máximas que se proclaman y se practican; el ardor de la persecución no deja de fatigar y entristecer á los fieles. Haz de nuevo que luzca más pura la luz de la fe, para que se afirme en los corazones que esté debilitada, y alumbre á los que no la han visto ó la tienen perdida. Refrigéranos con tu sombra bienhechora, para que el sol de la adversidad no nos haga sucumbir en la lucha que sostenemos con todos los elementos de corrupción que nos rodean. *Afírmate en la montaña de Sión*, y *ten tu descanso en la ciudad santificada* [1] por tu elección y tu presencia; *desplega en Jerusalén tu poder* de excelsa Reina, y extiende más y más las raíces de tu amor

[1] Ex lect. 2.ª

y devoción en este pueblo que tanto has honrado con tu visita, y á quien has dejado por heredad tu imagen tan querida. Y pues *en la plenitud de los santos está tu perpetua morada*, y pues donde está la madre morar deben los hijos, trasládanos desde las tinieblas del destierro, á las felices mansiones de la luz increada. Amén.

Gozos y oración final.

TERCER DÍA

ORACION

ENSÉÑAME, Señora y Madre mía de Guadalupe, ¿por qué te comparas con el *cedro del Líbano*, con el *ciprés del monte Sion*, con la *palma de Cades*, y con la *rosa de Jericó?* ¿por qué te llamas *la hermosa Oliva en medio de los campos*, y te muestras *levantada como el plátano junto á las aguas y en medio de las plazas?* [1] ¡Ah! ¡es porque las más lindas producciones de

[1] Ibid.

la naturaleza son figuras, aunque débiles, de tu inefable hermosura, y símbolo de tus grandezas, y cifra de tus virtudes! Tú eres el cedro de altura inexplicable, porque así como el cedro se eleva mucho más que los otros árboles, así tu estás elevada sobre todos los santos, y como en tu Asunción la Iglesia canta, sobre los mismos coros de los ángeles; eres tú, cedro, Madre mía, por la rectitud de tu conducta y de tu intención y de tu alma; pues el cedro es derecho y levantado; eres cedro por la solidez de tu fe, que firme y constante estuvo en los días de la pasión y de tu llanto; cedro eres tú, Virgen María, por la incorrupción de tu alma sin pecado, y la de tu cuerpo en el sepulcro y en el cielo; cedro eres en el Líbano del Tepeyac, por la incorrupción del frágil lienzo y la duración prodigiosa de tu imagen. Como el ciprés del monte Sion, eres, Señora, porque recta te elevas hacia el cielo, en lo alto de nuestras montañas; porque tu verdor nunca se marchita, ni tu poder se amengua, ni tu bondad se acaba; porque eres la hermosura del jardín de la Iglesia, y á todos nos encaminas á lo alto de la gloria, como el ciprés apunta siem-

pre al cielo con su extremo. Palma eres de Cades, Virgen de Guadalupe, porque en un monte antes desierto, como palma apareciste, suave, hermosa, excelsa, y de rayos coronada como la palma de sus hojas; palma de duración perpetua, porque perpetuamente nos acompañas y estás en medio de nosotros; palma, porque ella es emblema de triunfo, y por ti triunfamos del error y la mentira; palma que levantada al cielo deja colgar sus frutos á la tierra, como tú, Reina y Señora de los ángeles, nos ofreces aquí tus beneficios y mercedes; y palma también, porque en el tejido de la fibra de la palma, nos dejaste tu imagen soberana. Tú eres la rosa, y plantación de rosas en Jericó, porque eres Virgen y plantación de vírgenes en la Iglesia. Rosa eres porque eres Reina de los santos, como la rosa es reina de las flores; rosa, porque embalsamas las almas con tu aroma, como la rosa embalsama con el suyo los jardines; rosa de resplandeciente blancura por tu inocencia, y de purpurinos matices por tus dolores; rosa mística aclamada por los fieles del mundo entero, y rosa del Tepeyac, al cual adornas con tu hermosura, y embalsamas con

tu olor, y engrandeces con tu atractivo; rosa á cuyo imperio brotaron otras rosas en medio del invierno para pintar tu imagen y testificar tu presencia. Tú eres la hermosa oliva en medio de los campos, que derramas por todas partes suaves frutos de misericordia y de consuelo, produciendo el óleo que ilumina las mentes y nutre las almas, y cura las llagas y dolencias; tú has sido levantada como el plátano que regado con el agua de las gracias más copiosas, alegra con su vista y recrea con su verdor, y refresca con su sombra, y vigoriza con sus frutos. ¡Oh Madre y Reina mía! Sé tú para mi corazón el cedro que me comunique la incorrupción de la castidad; el ciprés que me guíe al cielo rectamente; la palma que me haga alcanzar el triunfo sobre mis pasiones, y la rosa que me encienda en el amor á mi Dios y á mis hermanos. Sé tú ¡oh Virgen de Guadalupe! la oliva que me alcance la misericordia del Señor en esta vida, y el árbol frondoso que me haga gozar del fruto de vida eterna, en el dulcísimo Jesús, fruto bendito de tu vientre. Así sea.

Gozos y oración final.

CUARTO DIA

ORACION

VIRGEN de Guadalupe! Cuán grande te contemplo en las prerrogativas y excelencias que el Señor te concedió, y por las cuales eres comparada con los árboles más bellos y elevados, con el cedro y el ciprés, y con la palma y con el plátano; pero no menos me admiran y me aprovechan tus humildes y profundas virtudes, significadas por arbustos pequeños, pero preciosos para el hombre por los frutos y provechos que le traen; por eso dices con la Iglesia de ti misma: *Como el cinamomo y el bálsamo que produce aromas, he exhalado yo olor; como la mirra escogida, suave perfume derramé*, y te comparas luego con varias especies aromáticas, y terminas asegurando que tu olor es el del bálsamo puro y no mezclado, y que con incienso no cortado aromaste tu habitación [1]. Mas ¿por qué tantos modos de aromas y de olores? ¿Por qué tantas especies curativas y estimadas? Porque todas las virtudes, juntas y mezcladas en tu corazón nobilísimo, embalsaman al cielo y á la tierra, y á los ángeles y á los hombres; porque como el cinamomo ó la canela, que se mezcla á las viandas para hacerlas olorosas y delicadas, tus virtudes, y tu culto, y tu nombre y tu imagen se mezclan entre todos los fieles de todas las edades, para hermosear y alentar nuestra vida; y como el bálsamo, originario de la Judea, á todas partes ha sido transportado para aprovechar su precio y sus virtudes, así tú, de la Judea has sido llevada por todo el Universo, y como bálsamo que derrama salud y suave olor, veniste á establecerte en medio de nosotros. ¡Oh, y cuántas almas has embalsamado aquí con el aroma de tus virtudes! ¡Cuántas has atraído con la suavidad de tu conversación y de tu trato! ¡Cuántas y cuántas has curado con el bálsamo del consuelo, calmando aquí sus penas, aliviando sus dolencias y sanando las llagas que las propias pasiones, ó las ingratas criaturas habían abierto y enconado! Es cierto que á veces los remedios habrán sido amargos,

[1] Lec. ...

y las curaciones dolorosas, porque también eres mirra escogida, que en el monte de la mirra, es decir, en el Calvario, tomaste parte en las amarguras de la pasión; pero en tus inefables dolores, cobraste virtud para curar todas las penas de tus hijos, ó para quitar al menos lo amargo de sus sufrimientos, dejando para ti la mirra de la Cruz, y siendo allí mismo, y por ella, la *suavidad de olor* para calmar las ajenas amarguras. Así, oh Madre, tú eres para tus devotos el bálsamo de la misericordia, no mezclado con nada acre ni nada amargo; el bálsamo no mezclado con la hiel de la ira, que unge los corazones y les proporciona el perdón y la salud. Y esto hace decir á tu devotísimo siervo San Buenaventura, que «el olor de María fué como la canela en la corteza de la conversación; como bálsamo interiormente en la unción de su devoción; como mirra en el amargor del castigo; que fué su olor el de la canela en sus santas acciones; el del bálsamo en su suavísima contemplación, y el de la mirra durante la amarguísima pasión.» Derrama, pues, estos preciosos aromas desde tu imagen mbalsamada, Virgen de Guadalupe; cura

aquí nuestras llagas con el bálsamo de tus piedades, mezcla en nuestras acciones la canela de tus preciosos ejemplos, para que suban á Dios, como en otro tiempo el sacrificio de Noé, en olor de suavidad; aplícanos, si preciso es, aun la mirra amarga de los castigos, que tú tornarás dulces, como son los de una madre; *llena* tu santuario, que es aquí *tu habitación, con el vapor odorífero* de tus virtudes y atractivos, como *incienso no cortado,* sino del árbol producido, porque tú misma eres una fuente de amor y de misericordia, que bondadosamente los comunicas á tus hijos. Y así llegaré á verte, Madre mía amabilísima, planta aromática del cielo, y á aspirar tus suavísimos perfumes, y á gozar tus dulcísimos frutos, por los siglos sin fin. Amén.

Gozos y oración final.

QUINTO DÍA

ORACION

¡Cuánto anhela mi alma la dicha y la alegría ¡oh mi querida Madre, María de Guadalupe! ¡Con qué sed insaciable, con qué especie de ávida codicia va pasando de criatura en criatura, como de flor en flor, ó mejor, de miseria en miseria, tratando de encontrar lo que en sus ansias busca, y de hartarse de los goces que á veces proporcionan! Busca en ellas la dulzura de la miel y del panal, y llega pronto á cobrar una saciedad fastidiosa que le enferma y debilita. ¿Dónde está, pregunta ella angustiada, dónde está lo que busco día por día, y no encuentro sino engaño y horror? ¿Dónde se hallan la paz y la dicha, y la esperanza y la vida?..... Y una voz dulcísima, tierna y delicada, viniendo de lo alto, responde así: «*Yo como el terebinto, he extendido mis ramas, y mis ramas son de honor y de gracia. Yo, como la vid, he fructificado suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y*

probidad... Pasad á mí los que me codiciáis, y seréis llenados con mis producciones. Porque mi espíritu más que la miel, es dulce, y mi heredad sobre la miel y el panal... Los que me comen, aun tendrán hambre, y los que me beben, aun tendrán sed. El que me escucha no será confundido.»[1] ¡Gracias, gracias mil, Madre mía! He oído tu voz, y he sido iluminado; he escuchado tus palabras, y he quedado consolado! Tus frutos son de honor y de gracia, cuando los de las criaturas son de vergüenza y de miseria. Tú tienes como el terebinto ramas verdes y frondosas para cobijarme con tu sombra, y defenderme del sol de las persecuciones; tú tienes como la vid, olor de suavidad para confortarme, y flores de virtudes que son frutos del Espíritu Santo, honorables y santos; á ti me invitas á pasar, dejando la vanidad de las criaturas y codiciando la verdadera dicha, que, después del Señor, en ti se encuentra; tú nos prometes llenarnos, cuando en el mundo nada nos llena y satisface; y no llenarnos de ti misma, sino de tus generaciones, es decir,

[1] Ex. Lect. 3.ª